

Lucila

(Novela, 1897)

Rafael del Valle Rodríguez

Bajo los artesonados techos del palacio ducal todo es monótono y triste.

Anchos salones de severa arquitectura; paredes en que se nota ya la acción devastadora del tiempo; tapices decolorados; el horror de la guerra en grandes cuadros conmemoradores de hazañas ejecutadas por linajudos antepasados, en represiones y conquistas; mueblaje de estructura más inclinada a la solidez que a la elegancia; ventanas estrechas, cayendo al exterior, pero jamás abiertas del todo, y deteniendo a la luz, ávida de penetrar en el recinto, la densa malla de amplios y tupidos cortinajes.

El sagrado desnudo del arte griego, proscrito en absoluto del friso y de la estatua, y haciendo sus veces, en los ángulos entrantes y sobre el mármol de las chimeneas, grupos de mediano mérito artístico, representando guerreros y escenas de caza.

El exterior del edificio no discrepaba por su severidad del interior. Palacio y fortaleza al mismo tiempo, no obedecía su conjunto a un orden arquitectónico exclusivo. De forma hexagonal, presentaba sólo en la parte correspondiente a la fachada principal, molduras de estilo gótico, y sobre la ojiva del pórtico de entrada un gran escudo, tallado en piedra, ennegrecido por el tiempo, y en alguno de cuyos cuarteles balanceaba al viento su guirnalda de menudas hojas verde claro, alguna de esas criptógamas que escalan, entonando el himno de la vida, los viejos muros condenados a muerte.

Situado en las afueras de la ciudad, sobre una elevación de terreno, rodeada de árboles añosos, testigos mudos de su extinguida opulencia, estaba, hacia el poniente, no distante de la playa, a la cual se descendía por sobre grandes rocas redondeadas y plomizas.

Alma melancólica de aquel palacio, en cuyo centro parecía haber dejado un girón de sus penumbras la edad media, con el culto a los apolillados pergaminos y la protesta al hábito innovador de las democracias, alma melancólica de aquel recinto era Lucila, lanzada al mundo en el último estertor de la agonía materna y criada luego por manos mercenarias bajo la dirección austera de un padre en cuyo rostro no había músculos destinados a la sonrisa y en cuyo corazón no predominaban otros sentimientos que los de la resistencia tenaz a las teorías políticas predominantes.

Palacio y Señor se complementaban.

La personificación de una época, que un arqueólogo hubiera querido adivinar en el análisis de aquel edificio, revelábase en el Marqués de Zetta, alto, anguloso, arrogante, de ademán altanero, de frente ceñuda, de mirada intensa y despreciativa, de palabra imperiosa, fácilmente irascible, y predispuesto a la venganza y al odio.

El Marqués de Zetta vivía casi aislado en su morada. Para él, la nueva generación se había hecho indigna de su aprecio; se había contaminado con las ideas disolventes de la nueva escuela: los plebeyos habían escalado los puestos públicos, se atrevían a pensar, a perorar, a escribir, y aunque la prensa periódica tenía cerradas en absoluto las puertas del palacio, el eco de las alegrías populares conmemorando conquistas de libertad y progreso, repercutía a veces en sus oídos, acrecentando su encono y afirmándolo en su retraimiento.

La atmósfera caliginosa del castillo, era su más apreciado medio ambiente.

Ya no había en él ujieres de abigarrada librea, ni el paso lento y acompasado del centinela nocturno resonaba en la almena, ni el cuerno de caza despertaba a la servidumbre a preparar el ojeo, ni acudía el siervo a pagar la gabela, ni el joven colono atravesaba el vestíbulo llevando de la mano a su prometida de la noche, trémula y desfalleciente al horror de que se la exigiese el pleito homenaje de la virginal primicia; pero la lenta labor de los siglos había acumulado allí átomos e ideas, y el cataclismo que despedaza, pero no aniquila, deja en el seno de las estratificaciones gérmenes y fragmentos, como en el seno de las generaciones, tradicionales tendencias, que luchan por revivir y hallar de nuevo su pasado poderío.

Al voluntario aislamiento del marqués estaba también condenada Lucila, resignada, pero no convencida de la injusticia de aquellas ideas. Llegaban a ella, sin embargo, revestidas de la autoridad y del consejo paternos y no cabía examinarlas ni discutir las.

Los veinte años que acababa de cumplir, habían sido como el último golpe del cincel dado a su belleza física; pero el artista la había delineado con rasgos distintos a los que caracterizaran hasta entonces la raza secular de los Zetta.

De rostro oval y pálido de ojos y cabellos oscuros, flexible y esbelta, parecía más bien una hija del mediodía, arrebatada al sol vivificante, a la primavera fecunda, para ser colocada como flor exótica en la penumbra fría de aquel hogar sin fuego y sin dulzuras.

¿Por qué inexplicable circunstancia el último brote de una rama secular se diferenciaba tan profundamente de ella? ¿Qué selección inadvertida y lenta, había venido preparando aquel nuevo ejemplar en el que predominaban la expresión franca, la dicción armoniosa, la fantasía soñadora peculiar a las nacidas en las zonas intermedias?

¡Organización vigorosa que triunfaba de las no interrumpidas influencias del medio que la rodeaba!

Es verdad que Lucila había crecido sin la influencia educadora de la caricia y sujeta a una regla doméstica casi monacal; había vegetado en su infancia sin darse cuenta de su situación y abandonada al fatalismo de su suerte.

La mariposa inquieta de la ternura no había encontrado en quién posarse, y dormía, las alas replegadas, en su corazón de virgen.

Pero la hora de la reflexión impone. De su organismo desarrollado y meridional se rezumaba el pensamiento investigador de lo desconocido; los efluvios del sentimiento no ejercitado se condensaban en su mente: la veta de oro se iba concentrando en el cuarzo y la gran vida íntima, exornada con el polimorfismo de las ilusiones, iba tomando posesión de su espíritu y desarrollando sus naturales inclinaciones.

El marqués de Zetta había pensado alguna vez en el porvenir de su hija. Fiel a las tradiciones de familia, no tuvo que meditar mucho tiempo en la solución del problema. Lo había visto resolver tantas veces, que la fórmula estaba para él sancionada por las costumbres.

O el matrimonio o el convento.

O a languidecer como planta estéril, sin luz y sin aire, en el histerismo de la celda, o a someterse a la maternidad, como un deber, sin la previa consulta del amor, por ley de obediencia, en la alianza no buscada con un hombre a quien la calma y las convenciones paternales designarían a su tiempo.

Triste destino que la sociedad tolera, pero que la naturaleza rechaza y abomina.

Como Lucila en su hábito de sumisión había, sin embargo, analizado lo bastante el carácter indomable de su padre, así también la experiencia de éste debió haberse fijado alguna vez en el aspecto tan intensamente femenino de Lucila.

¿Pero a qué ese análisis? ¿No era acaso la autoridad paterna indiscutible y absoluta? ¿Qué significaban para él, para sus ideas, todas esas elucubraciones de la sensiblería, que se ocupan de la personalidad de la mujer, de sus derechos legales, sociales y hasta políticos? Asentir a ellas, hubiera sido una debilidad, o, lo que es peor todavía, una humillante abdicación de sus inveterados principios.

II

Una tarde, Lucila, menesterosa de expansión, salió del palacio, atravesó la alameda, siguió por un sendero tortuoso que conducía a la playa, y se detuvo sobre una de las rocas que la circunscribían. Había pasado desde lo estrecho y lo sombrío a lo iluminado y lo inmenso.

El aire marino, cargado con los acres efluvios de la evaporación, henchía sus pulmones, zumbaba en sus oídos y sacudía sus cabellos ondulantes y negros. Su mirada densa se espaciaba en la contemplación de lo que emancipa el espíritu y lo invita a divagar en la amplitud inacabable del espacio.

Allá, a lo lejos, sobre la línea encendida del horizonte, el sol colgaba su disco de cobre y caía, como atleta desmayado, en los pajizos tafetanes tendidos para recibirlo.

Algunas nubes, largas y estrechas, como grandes saurios de vientre rojo escarlata, suspendidas en el aire, permanecían inmóviles so-

bre el fondo violeta del espacio, presenciando el funeral de púrpura del astro rey, engendrador de la vida.

Desde aquellos términos la planicie inquieta de las aguas, fundidas en oro en la proximidad del ocaso, se extendía como sábana inmensa de moaré azul con tornasoles cobrizos, hasta la orilla que azotaba con el intermitente latigazo de sus olas.

Algún ave, de plumaje oscuro y vigoroso vuelo, se dirigía a la tierra, cual si resbalara sobre la ancha superficie; y en lo más alto del paisaje, como un gran diamante engarzado en la diafanidad azul violeta, la estrella de la tarde mostraba ya sus blancos resplandores.

Lucila de pie, gentil y esbelta, sobre el oscuro pedestal de granito, con su vestido de seda blanco, en aquella soledad augusta impregnada de languidez y de dulzura, tenía el atractivo imponente del misterio: parecía una estatua de mármol blanco, envuelta en los colores sonrosados de una luz de bengala.

Un poeta romántico hubiérala tomado por la diosa triste de la tarde, enviando el último adiós a la claridad y a la vida.

A medida que los objetos iban diluyendo en la penumbra sus contornos, el mundo íntimo en que hacía tiempo vagaba el alma soñadora y sensible de Lucila, ensanchaba sus términos y tomaban en ellos mayor estabilidad sus anhelos.

Su reflexión discreta y reposada veía con certero juicio las cosas de la vida, y las rechazaba o sancionaba según él.

La sensación de su aislamiento, el anhelo de más libertad en el limitado círculo de su sexo, su instintiva repulsión a las ideas injustas y egoístas que habían tratado de imbuirle, todo, todo, acarreaba ese malestar que exige un sacrificio de cada hora sin compensación y sin dulzuras.

Y en medio de todo ese negror aceptado por la obediencia y la costumbre, una idea indecisa aún fulguraba en su mente cual reflejos de arco-iris en el cendal opaco de una nube.

Como la planta que al concluir su crecimiento estalla, por ley natural, en inflorescencias multicoloras, el instinto de la especie, en el momento de la pubertad, preludia, con indefinible y vaga melodía, el sugestivo canto del amor.

Lucila oyó a su espalda un ruido próximo, y volvió asustada la cabeza.

A pocos pasos, en ademán de súplica, embargado por la timidez incompatible con su arrogante figura, estaba Raúl, el tribuno de la comarca, el orador de cuyas frases arrebatadoras surgían castigos para todas las tiranías y fórmulas de redención para todas las injusticias.

Raúl estaba allí, y al que sobraban relámpagos de elocuencia para deslumbrar a las multitudes y fascinarlas a su antojo, apenas acuñaban sílabas para balbucir un suplicante yo te amo.

Lucila sintió abrasársele las mejillas y un estremecimiento repentino conmovió sus nervios.

Raúl adivinó, más que vio, la emoción no disimulada de la joven y, ya repuesto, la dijo con dulzura:

–Perdón, señorita, si la he hecho a usted víctima de una emboscada, que preparaba desde hace algún tiempo. Así me asaltó el amor que a usted profeso. El amor verdadero no se busca: es algo que fascina y subyuga independientemente de la voluntad. Una circunstancia, que bendigo, grabó en mi espíritu la impresión de sus encantos físicos: la noticia de sus cualidades morales la acentuó más todavía, y en vano hubiera podido contrarrestar el impulso que me ha traído en solicitud de su consentimiento. El amor es un culto: yo seguiré amándola si usted no me corresponde.

Lucila, ruborosa, inquieta, temiendo ser sorprendida en aquel lugar, al lado de aquel hombre cuyas palabras le habían impresionado vivamente, estaba consternada.

–Señorita, –prosiguió Raúl, –dentro de pocos días tengo que ausentarme de la ciudad; ¿podré llevar la esperanza de una respuesta afirmativa?

Raúl tenía razón. El amor es a veces repentino; preparado el espíritu para sentirlo, la ilusión informe pierde su vaguedad para condensarse en torno de un ser al que se considera luego como el único capaz de inspirarlo. En él están la plenitud y la dicha: fuera de él el vacío y el dolor.

Lucila no tuvo tiempo ni motivos para reflexionar. No había pensado precisamente en aquel hombre, pero era sin duda él la posible encarnación de sus ensueños de virgen. El deseado desconocido que había visto aparecer en alguna novela leída a hurtadillas.

Obligada por ese pudor imprescindible de la mujer, se abstuvo de

intentar una respuesta y dijo inclinando la cabeza y con entrecortado acento.

–Caballero, dispense usted, es tarde, mi padre me aguarda, adiós.

–¿Y contestará usted, señorita?

–Lo pensaré...

Y como una cervatilla asustada, caminó por el sendero y se internó en la alameda cuyos troncos se esfuminaban en la sombra.

Raúl la siguió con la mirada ansiosa que pretende atravesar los objetos. Momentos después, rebosante de esperanzas retornaba, a la ciudad.

Lucila entró al palacio, cruzó de prisa sus solitarias galerías, esquivó instintivamente el encuentro con su padre, penetró en su dormitorio y se sentó, pensativa, en una butaca.

No se hallaba sola. Como esas ingeniosas figuras que cuando se las mira fijamente durante algunos segundos, se las ve aparecer después, al apartar los ojos de ellas, sobre cualquier objeto en que torne a fijarse con detención la vista, la imagen de Raúl relampagueaba aún en su presencia.

Una especie de embebecimiento se había apoderado de ella. Lo subjetivo iba entrando en la realidad. El esbozo indeciso vislumbrado a la claridad dormida del ensueño, se condensaba en la vigilia y tomaba la simpática forma de un hombre digno de ser amado.

Largo tiempo permaneció Lucila en la contemplación de la pasada escena, recordando el aspecto y escuchando la voz apasionada de Raúl.

De repente, como quien ve disiparse la fantasmagoría de un seductor espejismo, fijó la vista en la habitación en que se hallaba y experimentó un desfallecimiento supremo.

Raúl era un imposible! El gallardo preconizador de los derechos inalienables del pueblo, no sería nunca aceptado por el representante de los aristocráticos privilegios!

Aquel amor nacido en la orla encendida de la tarde, dulce como sus coloraciones, engarzado en el alma en la compenetración del éxtasis ante lo infinito espléndido, podía ser el exordio de una lucha irresistible.

La previsión instintiva de la mujer hizo explosión, y Lucila lloró con desesperante amargura.

Mas desahogada luego, la tensión nerviosa se resolvió en una laxitud que la obligó a acostarse, y de ese estado intermedio pasó después al de un sueño agitado y soporoso.

Mucho antes de la hora de costumbre Lucila estaba despierta y amanecía su pensamiento engalanado con el recuerdo hermoso de la víspera.

Pero en el descanso de la noche sus fuerzas se habían acrecentado. Su recóndita energía, que no había tenido ocasión de ejercitarse, despertó de súbito al influjo de la pasión naciente.

Esa plenitud, esa compenetración íntima de dos existencias tiene el poderío de lo incontrastable: –todo lo que tienda a destruirlo logra el anatema que la conciencia fulmina a lo injusto, a lo criminal, a lo abominable. La felicidad soñada es una cúspide y por subir a ella se desdeña y afronta el sacrificio. Las creaturas deificadas por la divina apoteosis del amor, no conceden a los hombres el derecho de profanar con sus convencionalismos prosaicos la bienaventuranza celeste de su Olimpo.

Lo infinito y lo eterno no se avienen a ser reglamentados por lo humano.

Lucila, incorporada en el lecho, en el abandono voluptuoso de la soledad sin testigos, desnudos los hombros y mal cubierto el seno exuberante de virgen entre la atmósfera crepuscular y tibia de la alcoba a donde penetraba una luz tenue y discreta, tamizada en las cortinillas del pórtico, era la mujer íntima en la amplitud de su libertad y su franqueza. El ave tranquila en el nido solitario.

En ese momento sintióse dueña de sí misma, con derecho a seguir los impulsos de su corazón, compatibles con su dignidad y su virtud, y se entregó de lleno a la corriente de sus ilusiones.

Raúl era merecedor de una respuesta: no debía marcharse sin obtenerla: aunque le habían inspirado una fe profunda sus protestas de amor, no estaba demás alimentar su fuego con la promesa de ser también correspondido: ¡Cuántas habría ansiosas de disputárselo!

Y pensando de ese modo, saltó del lecho con la flexibilidad de la ninfa mitológica que abandona la clausura de las aguas blancas y espumosas, y se dirigió a su escritorio.

La graciosa delicadeza femenina la hizo elegir el papel más fino, con lujoso timbre heráldico, y por parecerle más artístico, y sin vacilar escribió en él un monosílabo. –Sí– y firmó, Lucila.

Después, como si se hubiera quitado un gran peso de encima, se sintió alegre, satisfecha, llamó a su camarera, la indicó que la preparase el baño, se vistió un ligero traje de mañana y abrió de par en par la ventana que daba al exterior, al mar, por donde penetró inmediatamente la gran luz del día, obligándola a entornar los ojos durante algunos segundos.

Una hora después Lucila parecía radiante: el amor ilumina: sus ojos lánguidos tenían los reflejos suaves de la caricia soñada; sus labios festoneados de estatua griega la contracción ideal de una sonrisa; y aunque viviendo en el mismo ambiente pesado y triste, divagaba su espíritu en la embriaguez de la ilusión apetecida.

El Marqués de Zetta no podía apercebirse de esos detalles.

La mujer no era para él más que la eterna pupila, en interminable minoría de edad, instrumento pasivo de sumisión y obediencia.

III

Una mañana, a las once y media, el Marqués, que había salido desde temprano, regresó con un amigo. Dio orden de que sirvieran pronto el almuerzo y de que advirtiesen a Lucila que tenía un huésped.

Era un coronel de caballería, pariente lejano del Marqués, alto, enjuto, cetrino, de bigote abultado y gris, de ojos pequeños, pardos y vivos; entrado en años y muy satisfecho de sus méritos y proezas militares, cuyo testimonio llevaba en el pecho rebosante de cruces.

Brusco y despótico, con la desenvoltura propia del que está habituado a ser obedecido por inferiores, y no muy cuidadoso de las etiquetas sociales, se creía autorizado para emitir en todo su opinión, y no disimilaba su disgusto al ser contrariado, sino que era propenso a la provocación, fiando en la prudencia de los otros su triunfo.

La guerra, según él, era el más adecuado medio de civilización: la fuerza, el sostén único del orden y de la paz: el pueblo, un conjunto

de individuos sorteables para llenar el cupo de la contribución de sangre.

Avezado a las peripecias y al horror de los combates, no era susceptible a ese sentimiento delicado del altruismo, que sirve de base a la conmiseración, y engendra la caridad. Había aprendido que el soldado es un instrumento de matanza y el ciudadano una materia útil para hacer soldados.

A la hora del almuerzo se presentó Lucila.

—El señor coronel Hernán—dijo el Marqués designando al amigo y dirigiéndose a Lucila.

Saludó esta con la sencilla distinción que le era habitual, y el coronel, visiblemente emocionado, buscó en el arsenal de su rudimentaria cortesanía la actitud y las frases más galantes.

El Marqués parecía satisfecho.

Versó la conversación, durante el almuerzo, sobre temas distintos: las reminiscencias de familia, el antiguo esplendor de su prosapia, algún episodio de la vida militar del coronel, que juzgó éste placentero a la joven, porque el valor interesa y admira, y, finalmente, sobre los sucesos más culminantes y con la política relacionados.

En esta digresión, sin opositores con voz y voto, el marqués y el coronel no discrepaban: la tradición y la fuerza se complementan. Para ambos el orden social estaba subvertido; la religión verdadera indebidamente discutida; el principio de autoridad, emanación de Dios desconocido; las jerarquías sociales amenazadas; la plebe, envalentonada por el número, desbordándose de su esfera; la insurrección, elevada a la categoría de un derecho: la moral, emancipada de la creencia mística, sujeta al capricho individual; y hasta el hogar, fundamento de la sociedad, amenazado de disolución por el libertinaje del divorcio, que osa romper vínculos indisolubles y sacramentales.

En ese análisis pesimista de las modernas tendencias rodaron algunos nombres, merecedores, según ellos, del patíbulo en el *dies irae* de las justas represalias; y no era posible que faltase entre aquellos el de Raúl, al que vistieron con los calificativos de iluso, demagogo, charlatán, sempiterno, enemigo de las instituciones y adulator de las masas populares.

—Conoce usted, señorita, a ese moderno apóstol del pillaje?—preguntó a Lucila el coronel.

La joven sintió encenderse el rostro con esa ola, que, contrariedad en el espíritu, se exterioriza transformada en coloración ardorosa.

Tal vez se disponía a ensayar una respuesta evasiva, cuando se adelantó el marqués diciendo en casi agresivo tono:

—No; esas puertas se hallan siempre tapiadas para lo que enloda. Ni traído por el aire tendrá aquí entrada su contagio mefítico.

—Y parece,—insistió el coronel,—que ha salido de la ciudad en estos días.

—No me ocupo,—contestó el marqués, agregando a su encono el acento del desdén,—no me ocupo de la vida y milagros de esos; pero leí por casualidad en uno de los papeluchos de su cofradía, que ha ido a predicar no sé en qué academia de descamisados.

A esta sazón había terminado el almuerzo.

El marqués se levantó, imitándole el coronel y Lucila; saludó ésta con seriedad y se retiró luego, mientras los dos amigos se dirigían a un pequeño salón en donde se les sirvió café y habanos.

Más de una hora duró la conversación, animada y al parecer cautelosa, entre ambos personajes.

El coronel se despidió recomendando saludos para Lucila, y el Marqués entró a la sala y mandó a decir a su hija que deseaba hablarla.

La joven no se hizo esperar. Con ese instinto de augur de la mujer inteligente, había tenido un presentimiento: la noción vaga de algo tétrico que le era preciso afrontar de una vez: y concentrando toda su energía, entró a la sala y dijo humildemente.

—¿Qué deseaba usted, padre?

El Marqué estaba excepcionalmente amable, sin perder su gravedad característica.

—Hija mía, la dijo con reposo, tienes ya veinte años, bastante discreción; yo me pongo viejo: no debes quedar sola en el mundo. Tu madre se casó a tu edad: tú debes disponerte a hacer lo mismo, si es que tu vocación a la vida del convento no te lo impide, en cuyo caso no habré de oponerme a tus deseos.

Mientras hablaba el marqués, se verificaba en Lucila ese fenómeno psíquico que entabla grandes luchas íntimas en las cuales parece que

nuestro propio ser se desdobra en una dualidad que delibera y discute manteniendo tendencias antagónicas.

Alma pura, amante de la verdad, le causaba horror el ocultarla, pero le asombraba la convicción de que con ella habría de surgir el inmediato obstáculo. Arredrarse ante él era, sin embargo, más terrible; era renunciar a la suprema dicha.

En ese debate, librado en lo más profundo de su conciencia, una vivificante savia, la del amor, la alentaba y sostenía, trayéndole de lo exterior nuevos refuerzos.

Lucila, pálida y trémula, con la cabeza inclinada sobre el pecho y sintiendo sobre ella la mirada investigadora del marqués, empezó a balbucear, como un quejido, una respuesta.

—Dios, contestó, no me ha dado vocación para la vida del convento.

Tal vez en esas palabras iba envuelta una reconvención a lo supremo ignoto que da las aptitudes de donde surgen inclinaciones tenaces.

—Entonces, replicó el marqués sin vacilar, es preciso que te resuelvas a tomar estado. El matrimonio, hija mía, es problema difícil y hasta peligroso, si en su realización no interviene un juicio desapasionado y discreto. El amor, que suele ser el puente por donde a él se camina, llega envuelto en ilusiones y fantasías, y es preciso que se aúnen a estas la reflexión que permite elegir, y el aprecio de las cualidades duraderas.

Lucila, sin variar de posición, adivinando ya el final de aquella escena, experimentaba, a cada palabra del marqués, la sensación de algo lacerante que la martirizaba.

El marqués prosiguió:

En el estado de perversión en que nuestra sociedad se halla, es muy difícil encontrar un hombre de verdadero mérito para cruzar con él y bajo su amparo, la vida. ¿Qué idea has formado del coronel Hernán?

—¿Del coronel Hernán? repitió casi automáticamente Lucila.

—Sí, afirmó el marqués. Es un hombre que por su origen, sus ideas, su brillante carrera militar, y su posición pecuniaria, satisface mis ambiciones de padre y conviene a tus aspiraciones de mujer. Medita sobre esto y participame pronto tu resolución.

Hubo un momento de silencio. El marqués, sentado en su butaca, echó sobre el respaldo la cabeza, extendió cómodamente las piernas y siguió fumando su cigarro, próximo a concluirse.

Lucila, desde el fondo de su tortura, reflexionaba. Veía que era imposible prolongar aquella situación por mucho tiempo, y pensó salir, reponer sus fuerzas y retornar después a sostener la lucha comenzada.

Pero la certeza de que tarde o temprano habría de establecerse el conflicto, la decidió a aceptarlo desde luego.

–Padre, dijo con voz más tranquila, si estoy en libertad de aceptar o rechazar las pretensiones del coronel Hernán, sería conveniente advertirle que... no me siento inclinada a ser su esposa.

El marqués se incorporó; miró fijamente a su hija, reprimió un movimiento de impaciencia y le replicó con calma ficticia.

–Es muy poco meditada esa negativa: las pretensiones de Hernán son muy aceptables: medítalas, hija mía, y volveremos después a hablar del asunto.

Lucila, colocada ya en aquel escabroso terreno, no se movió de su puesto, y respondió con firmeza:

–Padre, la meditación es inútil cuando ella no ha de producir cambio alguno en la opinión. Usted no querrá condenarme a una insoponible desventura.

–No, se apresuró a decir el Marqués, impresionado por aquella inesperada resistencia: no; antes al contrario; sé que tu matrimonio con el coronel Hernán habrá de contribuir a tu bienestar futuro; yo no conozco a algún otro que ofrezca semejantes garantías, a no ser que tú... a no ser que tú pienses de distinto modo, agregó acentuando con marcada ironía estas palabras.

Lucila no contestó, pero sus ojos se llenaron de lágrimas. A través de ellas empezó a vislumbrar el Marqués algo secreto que no había imaginado en el corazón de su hija, y que despertó en él curiosidad y sorpresa.

Dispuesto a averiguarlo, modificó su actitud severa y la dijo con afectada dulzura.

–Vamos, Lucila, háblame con franqueza, ¿a quién podrías confiar tus impresiones sino a tu padre, que se interesa tanto por tu felicidad?

Estas palabras confortaron a la joven, que hizo el ademán de responder, pero se lo impidió el llanto que la embargaba.

–Dices, prosiguió el padre, tratando de ayudarla a una confesión, que no puedes aceptar las pretensiones del coronel Hernán, porque ya has pensado en... Lucila movió la cabeza en señal afirmativa.

–Pues bien, habla de una vez; te he autorizado para que hables; quién es el hombre al cual se siente inclinado tu corazón? tengo el derecho de saberlo.

–Raúl, murmuró Lucila con voz casi imperceptible.

El Marqués saltó de la butaca como levantado por un resorte. Aquel nombre, en los labios de su hija, le produjo la sensación de una blasfemia. Estaba demudado. Su sorpresa era infinita; su indignación irrefrenable. Todo su orgullo, jamás debilitado, se irguió dentro de su ser; la historia de las vicisitudes políticas que habían coartado sus privilegios de raza, cruzó como un relámpago siniestro su memoria; el odio vengativo, tanto más exacerbado cuanto más impotente, rugió en su corazón con amenaza de fiera acorralada; y trágico y solemne, con la voz enronquecida por la emoción, exclamó, colocando la mano sobre la humillada cabeza de su hija:

–Antes muerta!–y salió a largos pasos de la habitación.

Al sentir que se marchaba el marqués, Lucila recostó la cabeza en el respaldo del asiento: cerró los ojos y suspiró profundamente.

Sentía el dolor físico de la conmoción moral.

Pero había sentido aquella tempestad: la había temido lo bastante, antes de que estallara, y al verla ya en el máximo de su fragor, no se sentía arrepentida de haberla provocado.

Lucila empezaba a confiar en sí misma: había descubierto que era capaz de resistir en los momentos de prueba. Con la firmeza de la virgen mártir que arrojada al circo para que abjure de su fe, prefiere ver laceradas sus carnes por las garras de la fiera antes que lacerar ella misma su conciencia, se había reconocido impotente para renunciar de su amor a Raúl. Lo había colocado, como, un dios, en su alma santuario, y no podía lanzarlo de ella como a un monstruo. Concebía el martirio, no el sacrilegio.

Bajo la ruda impresión de aquel coloquio, en el cual se esbozaba ya su situación futura, dejó el salón y se dirigió a su alcoba.

En los grandes infortunios, la debilidad humana busca apoyo en lo divino, y la joven, animada de la fe sencilla de las almas cándidas, fue a prosternarse ante un altar en el que había un grabado que representaba a Santa Rita, abogada de los imposibles. La religión tiene recursos inagotables: a donde no alcanza lo factible, ha puesto el milagro: no se detiene ni ante lo absurdo: la desesperación es un pecado, porque la esperanza es una virtud.

Lucila oró: llamó en su auxilio a la representada en el cuadro: la juró que ella creía una aberración lo que a su padre se le antojaba un bien y se levantó en la certeza de que su oración no habría de ser desatendida.

El problema estaba ya planteado.

En un extremo, el marqués, intransigente y adusto hasta lo inconcebible; al otro Raúl, joven y entusiasta, con el luminoso fanatismo de un apóstol; en medio, Lucila, ligada a entrambos por el respeto y el amor.

Tal vez hubiera sido ella la transacción hermosa; el puente mágico tendido sobre el abismo cavado entre dos cúspides inaproximables, si por una ley fatal, en los hombres como en los pueblos, no se rehuyeran siempre las transiciones y los seres destinados a ellas no resultarían destinados también al sacrificio.

IV

Pasaron días amargos, durante los cuales padre e hija vivían encerrados en absoluto silencio, sostenido por la autoridad en el uno y por el respeto y el temor en la otra: pero la idea de cada uno continuaba en su labor invisible y persistente.

Después de una velada en que el Marqués se paseaba con visible ocupación en la antesala y Lucila leía junto al velador a la luz de un mechero, llegó a su lado el Marqués y sin preámbulos la dijo:

—Como he pensado, hija mía, que ya estarás curada de la locura que por desgracia empezaba a invadir tu cerebro, estoy arreglando todo lo necesario para tu boda: mi palabra y tu honor están comprometidos en ello. El coronel Hernán aguarda con impaciencia tu asen-

timiento, por más que yo le he asegurado ya que tú, hija sumisa y discreta, no tienes otra voluntad que la mía. Mañana mismo vendrá a ratificar su compromiso. En caso de que persistas en tu locura, creeré que deseas entrar en el convento de las madres Carmelitas, en donde serás acogida con agrado por la superiora.

El Marqués pronunció estas últimas palabras con un acento de imposición tan incontrastable, que Lucila tembló: una inmensa tapia se levantaba entre ella y el mundo, sumergiéndola en la sombra y arrebatándole el derecho a la luz y a la vida!

La joven interpretaba el estado de ánimo de su padre.

Para el Marqués no se trataba ya de un asunto de familia: había dado el carácter de un reto a las aspiraciones de Raúl; un reto que venía de lejos, favorecido por las circunstancias, robustecido por complicidades secretas, tomando por escabel la imaginación soñadora de su hija, para llegar hasta él, hasta su raza, hasta su tradición honorable, y despedazarla y destruirla, colocándola al nivel de lo que en su conciencia abominaba.

Pero aquel reto había de encontrarle a él, inaccesible al miedo, tenaz hasta el sacrificio, de pie, con toda la energía acumulada de su prosapia, dispuesto a defenderse con tan inquebrantable bravura, que acreditaran sus hechos la superioridad de su abuelo.

El guante había sido recogido: todo empeño de transacción hubiera sido inútil.

Como era de esperarse, al día siguiente anunciaban a Lucila que en el salón de recibo la aguardaban el marqués y el coronel Hernán.

Lucila desde la víspera estaba anonadada: no tenía conciencia de su personalidad: caminaba con el desfallecimiento del que siente agotadas por completo sus fuerzas ante la monstruosidad del patíbulo que le espera.

En esas condiciones entró a la sala, hizo un saludo casi imperceptible y se dejó caer en un asiento.

En el semblante del marqués se habían dado cita todas las líneas bosquejadoras de lo indomable: el coronel estaba jovial y placentero.

El marqués de Zetta, que era allí la única voluntad en acción, fue el que habló dirigiéndose al coronel.

—En estos casos, dijo, la timidez y el pudor ahuyentan las palabras.

Yo seré el intérprete de los pensamientos de mi hija, que me ama y respeta y obedece, ¿no es verdad Lucila?

–Sí, contestó esta sin levantar los ojos.

–Tengo sobradas pruebas de ello, prosiguió el marqués con ironía comprensible solamente para su hija; tengo sobradas pruebas, y autorizado por ellas hube de expresarle tus pretensiones, Hernán, las que he meditado con el juicio que le es propio y que ha heredado de sus antecesores. Con tal motivo vuestro próximo enlace será un hecho.

–Señorita, dijo Hernán, profundamente conmovido, hoy comienza para mí una era de felicidad, de la que sin duda no soy merecedor; pero yo procuraré hacerme digno de quien tan relevantes cualidades posee. Y extendió la mano para tomar una de las heladas y temblorosas de Lucila, que no se movió.

Hubo un momento de silencio, durante el cual las miradas de los dos hombres pesaron con efecto abrumador sobre la joven.

–Padre,—exclamó ésta haciendo un esfuerzo,—perdone usted si me atrevo a hacer una observación...

El marqués la interrumpió bruscamente.

–Las naturales observaciones de las jóvenes, dijo con viveza. Yo me encargaré de hacerlas..... Vamos, vamos, Hernán, la pobrecilla está muy impresionada; dejemos que se reponga, que tiempo hay para ello.

Y tomando del brazo al coronel, que de buen grado hubiera permanecido a los pies de la interesante joven, lo llevó consigo fuera del salón.

–Dios mío!... madre mía! exclamó Lucila sollozando. ¡Tened piedad de mí! ¿Por qué te habré sobrevivido madre mía? ¿Por qué no se hunde la tierra bajo mis plantas? Ah! no puedo, no puedo someterme a una cosa tan horrible! Mi padre no tiene compasión para su pobre hija! Ese hombre, ese infeliz coronel me inspira una aversión invencible. Raúl! Raúl mío, ¿por qué te habré conocido?

Y presa de una amargura infinita, se levantó vacilante, tuvo que detenerse, sujetarse de los muebles para no caer y con marcha desigual se dirigió a su alcoba y se dejó caer en el lecho.

La idea de la muerte fue la primera que cruzó su mente al retornar a la actividad dolorosa del pensamiento.

Esos espíritus idealistas y melancólicos, que se apartan de lo real para subir en alas del ensueño a la vida que su pasión les crea, no aceptan términos medios: son los sugestionados del dilema: o el amor o la muerte! La llamarada intensa del primero, solo puede extinguirse en el seno frío de la segunda.

Lucila acarició por largas horas ese tétrico propósito y hasta llegó a meditar la manera de ejecutarlo.

Encerrada en su aposento, nadie fue a perturbarla.

V

Cayó la noche, acrecentando la tristeza de la joven, y sumergida en la sombra, que no trató de disipar encendiendo la bujía, permaneció febril y delirante y a intervalos inconsciente y adormecida.

Casi automáticamente, sin la noción del tiempo transcurrido, se levantó de pronto y se acercó a la ventana que había quedado abierta toda la noche.

Amanecía. Hacia el oriente, diafanizaba el cielo una extensa claridad blanquecina que iba invadiendo el azul plomizo de la altura, sobre la que titilaban como luces medrosas, las estrellas. Sobre aquella claridad, en que iban apareciendo, como pinceladas incoherentes, ligeras nubecillas que tenían el aspecto de copos de dorada nieve destacábanse los contornos festoneados de las montañas, en las que se hacían visibles sinuosidades y repliegues.

Fragmentos de nieblas, como grandes girones de un velo de gasa recién despedazado, flotaban perezosamente sobre valles y colinas, cambiando de formas y subdividiéndose al apacible soplo matinal.

Lucila, con la mejilla apoyada en la derecha mano y el codo en el alfeizar de la ventana, seguía, maquinalmente, las evoluciones del paisaje.

Nuevas franjas de luz, cada vez más encendidas, se alzaron en levante: anchas facetas sonrosadas aparecían en las convexidades de las cumbres; movedizos fulgores en las aristas del follaje; praderas verde-esmeralda surgían en las llanuras; iban los objetos recuperando sus formas y colores: bandadas de pájaros cruzaban por el aire;

oíanse murmullos, zumbidos, trinos, arrullos, aleteos, la bulliciosa y variada sinfonía matinal en su primer preludio, y por fin, el sol, en un deslumbramiento de apoteosis, traspuso el horizonte derramando a torrentes la esencia de la vida sobre el tropel inmenso de los seres.

Lucila se sentía transformada. Su organismo, parte integrante de aquella naturaleza, se fundía con ella en la embriaguez del renacimiento a la luz y a la actividad, y experimentaba, como todo lo existente, la fruición inefable del vivir.

Y de todo el conjunto de impresiones que embargaban sus sentidos, como de las múltiples y variadas notas de una orquesta, cuyo instrumental se acompasa para romper en arrebatadora melodía, brotaba para ella una sensación íntima y omnipotente: ¡vivir para Raúl! Para Raúl, en el arrobó de la dicha suprema.

El espacio límpido fascina; las sombras que oprimían su cerebro, cual si fueran visibles como las de la noche, se habían disipado..

Su inquietud, su pesar, la imposición inapelable de que era víctima, la pasión extravagante del coronel Hernán, quedaron en un punto relegadas a lo más lejano de su memoria, como una oscuridad que se alberga en un antro, y es impotente para contrarrestar el esplendor magnífico del día.

Y obedeciendo a una resolución inquebrantable se sentó ante el escritorio y escribió durante una hora.

En la quietud silenciosa del aposento se oía distintamente el rumor acompasado de su aliento y el rasgueo de la pluma resbalando sobre el papel.

Al terminar la carta, ponerla bajo el sobre y escribir la dirección Lucila estaba radiante; su fisonomía que hubiera servido antes para revelar a un artista el dolor sin consuelo de una Mater dolorosa del Ticiano, fue adquiriendo poco a poco su lozanía y mostraba los rasgos apacibles de una virgen en éxtasis de Murillo.

En lo moral, como en lo físico, tienen a veces los grandes sacudimientos decisivas influencias.

Después de lo que acababa de sufrir Lucila, casi al borde de la tumba por la desesperación que la había agitado, se creía dueña de sí misma, en posesión de su personalidad y por lo tanto de sus futuros destinos.

Era como el náufrago, que debe solamente a sus esfuerzos el haber triunfado de la asfixia y se agarra al leño único que tiene a su alcance por más que se destroce las manos al asirlo.

Aquella situación no había sublevado en ella, como en el marqués su padre, sentimientos de odio ni anhelos de venganza: pero considerándose víctima de una sinrazón, se había aprestado resueltamente a la defensa.

Una semana después corría por la ciudad la noticia del enlace próximo de la señorita de Zetta con el coronel Hernán.

A nadie extrañaba la noticia. Los secretos del hogar no habían pasado de sus dinteles y parecía a todos cosa naturalísima que el marqués tratase de casar a su hija con uno de sus amigos o parientes.

Sabíase, sí, que el padre de la joven había tomado gran interés en precipitar aquel suceso: que había obtenido la dispensa de las amonestaciones, y que la ceremonia se verificaría con pompa inusitada en la catedral de la ciudad, a la que habían sido invitadas las principales familias de ésta.

En los días que precedieron a los del matrimonio, reinó en el palacio una calma relativa.

El marqués entendió que su hija se sometía humildemente a sus mandatos: el coronel, que visitaba con frecuencia la casa, tenía breves pláticas con Lucila, y si bien en ellas no obtuvo jamás una prueba inequívoca de su consentimiento, y la notaba, por el contrario, huraña y esquiva, atribuíalo a timidez e inexperiencia. Lucila, por su parte, no se preocupaba ya de cuanto la rodeaba. Sabía que era inútil la lucha y reconcentraba su pensamiento en una sola idea, como esos individuos cuyo cerebro desequilibrado se cierra a todo lo que no sea la tendencia única que los domina.

La joven había pasado, casi sin transición, desde el infierno de un martirio a la gloria de una esperanza, y se había lanzado a ella con la ceguedad de esas mariposas nocturnas que revolotean en torno de la luz, aunque en ella se destrocen las alas.

Fue una mañana, a las diez, la hora designada para la ceremonia nupcial.

La víspera Lucila había querido rectificar su situación preguntando tranquilamente al Marqués si persistía en sus propósitos. Lo

encontró inflexible. Un nuevo argumento se había agregado a los anteriores: la publicidad que se había dado al compromiso. Era imposible someterse al ridículo de una transacción.

El Coronel Hernán, a pesar de su contento de los primeros días, y de su complicidad con el Marqués para abreviar el plazo del matrimonio, no las tenía todas consigo: su razón le decía que jamás podría ser amado por Lucila; su sentimiento lo arrastraba hacia ella: tenía avidez de poseerla; indiferente y despreocupado y brutal, no había pagado jamás tributo a los afectos, y en el otoño de la vida le asaltaba el ardor de una ráfaga de primavera.

Esos amores póstumos son vehementes: no han envuelto en sus fulgores los años de la juventud propicia y apta para anegarse en ellos y estallan de pronto cuando es ya tarde para la aspiración de que sean correspondidos.

El sol frío del invierno, impotente para derretir el hielo de los prados, mal puede pretender caldear la savia que en las plantas circula.

Alentado, sin embargo, por el marqués, y creyendo cierta la pasividad de Lucila, se había entregado de lleno a la idea de hacerla su esposa; y su pasión, por una parte, y su carácter voluntarioso por otra, lo mantenían en actitud de no cejar en sus pretensiones.

En sus breves coloquios con la joven, no había escuchado nunca de sus labios una palabra de ternura: era visiblemente una resignada, no una convencida; pero sus escrúpulos de amante desdeñado cedían ante el deslumbramiento que le causaba la contemplación de aquella juventud encarnada en formas cuya esplendidez presentía irradiando para él en el secreto de la voluptuosidad soñada.

Era inhábil, por educación y temperamento, para comprender esos amores que empiezan posesionándose del espíritu, al que avasallan con el fanatismo de una religión intransigente, y para los cuales la abnegación y el sacrificio son elementos que los consolidan y complementan. Vértigo de la fantasía que engalana la existencia con un algo superior, que nunca se halla en la realidad de las cosas, pero que llena y satisface la aspiración instintiva a lo eterno y lo infinito.

El coronel Hernán se engañaba a sí mismo aceptando la teoría del marqués, de que el trato posterior engendraría el afecto, y se some-

tía a la invencible indiferencia de la joven. Acostumbrado a mandar, confiaba en que ahora también sería obedecido.

Llegó por fin la hora igualmente ambicionada y temida.

Reinaba en el palacio animación extrema.

Los cortinajes de gala flotaban en las puertas. Las flores habían pasado del jardín a los jarrones, y exhalaban allí el deleite de sus perfumes.

El comedor auguraba un banquete para muchos convidados. La antigua vajilla, repujada en oro, que había servido en época remota para lujosos festines, cubría la mesa.

Se había querido dar a aquel suceso todo el brillo de sus congéneres pasados, como una resurrección tras largos años de abatimiento y olvido.

Era preciso mostrar que el espíritu de la raza no había muerto en medio de las convulsiones sociales, y que aparecía vigoroso y entero al conjuro de la voluntad de su último descendiente.

No sólo el palacio, sino el templo en que iba a celebrarse la ceremonia, se asociaban a la idea.

Se había exornado el altar con elegantes maceteros, con rojas colgaduras, con blandones que derramaban sus luces pálidas en el amplio recinto.

Una concurrencia numerosa lo invadía: ola de sedas, de oro, de pedrería, de cabezas femeniles cuidadosamente ataviadas.

Esa atmósfera turbia, impregnada de los efluvios de la cera y del incienso, llenaba las naves y se hacía más visible en la del centro, adonde bajaban en dirección oblicua anchas franjas de la luz solar, que teñidas con los cristales de colores de la cúpula, caían sobre el marmóreo pavimento en grandes manchas de diversos matices.

Había de subseguir la misa a la ceremonia nupcial y se oía de cuando en cuando alguna nota tímida suspirando en el órgano para adaptarse a la voz de los cantantes.

Apercibióse de pronto en la calle el ruido creciente de coches que iban parando ante el pórtico principal de la iglesia, y momentos después entraban en ella el marqués de Zetta, llevando del brazo a Lucila, y detrás el coronel Hernán, acompañado de la madrina y seguido de numerosos invitados.

Hubo un movimiento de curiosidad, roce de sedas, ruido de pisadas que retumbaron en las bóvedas y el grupo en masa se dirigió a la balaustrada del altar mayor ante la cual se detuvo.

VI

Vestía el marqués el uniforme de la orden de Calatrava, el coronel el de su grado en el ejército, Lucila el obligatorio traje de raso blanco y el velo y la corona de azahares de las vírgenes.

Bajo esa corona y a través de ese velo transparentábase el rostro oval y tan densamente pálido de Lucila, que parecía tallado en mármol de Carrara. Solamente sus pupilas, luminosas y negras, daban animación a su fisonomía inmóvil y paralizada por una íntima y persistente emoción. Tenía el aspecto de una hipnotizada sustraída completamente a las escenas de la vida real que la circundaba.

De rato en rato, con movimiento súbito, volvía el rostro hacia la puerta de entrada, y su mirada investigadora e inquieta pasaba, sin fijarse, por sobre las cabezas apiñadas de los circunstantes, y volaba más allá del recinto, en dirección a lo lejano y a lo ignoto.

Su cuerpo permanecía atado a aquella situación de martirio, pero su espíritu, ajeno a ella, se reconcentraba en la insistente interrogación de sus ojos al destino.

Ese movimiento, repetido cada vez a más cercanos intervalos, tomaba el visible cariz de la impaciencia, y no pudo pasar desapercibido para los que la rodeaban, que seguían ya, instintivamente, la dirección que ella designaba con sus ojos fulgurantes e inquietos.

La belleza de Lucila, acrecentada por su actitud de virgen hierática, envuelta en blanco y flotante velo, como aparición celeste en nube vaporosa, irradiaba inmensa simpatía.

El sacerdote, vestido de casulla galoneada y seguido de sus acólitos, se presentó junto al altar.

Iba a empezar la ceremonia.

Un coadjutor se aproximó al grupo, se informó de quienes eran los padrinos, y designó a cada cual el puesto que le correspondía.

Lucila estaba lívida, inconsciente, próxima a caer sin sentido; automáticamente ocupó su puesto.

El sacerdote, reposado y grave, comenzó a leer según el ritual acostumbrado.

Terminada aquella lectura se adelantó y dijo con alta voz, dirigiéndose al coronel:

—Señor coronel Hernán, ¿queréis por esposa a la señorita Lucila de Zetta...

La respuesta del interrogado no pudo escucharse: un rumor de enjambre, prolongado y sordo, se había levantado en la nave central: los espectadores se agrupaban, aguijoneados por la curiosidad, sin darse cuenta de lo que sucedía.

Un hombre, un joven, acababa de llegar a caballo, en carrera vertiginosa, hasta el mismo umbral de la puerta del templo. Se había desmontado de un salto, avanzaba atropellando a cuantos estorbaban su paso. Y resuelto, incontrastable, con la cabeza cubierta aún, empolvado el vestido, jadeante la respiración, provocativa y fiera la mirada, recibía en sus brazos a Lucila, que apercebida desde el primer murmullo, había vuelto a la vida real, y radiante y espléndida y transfigurada en el éxtasis supremo de la gratitud y del amor se había precipitado a su encuentro.

—Sí, gritó con voz estentórea Raúl, sí padre, vuestra bendición; ella también me ama!—¡Sí, sí, a él solo, lo juro ante Dios, repetía con acento victorioso Lucila.

La perplejidad era general: lo inaudito del suceso había paralizado a todo el concurso. Hubo unos instantes durante los cuales aquel conjunto de seres humanos, bajo las amplias naves, en la inmovilidad y en el silencio de la expectación, simulaba un museo de figuras de cera.

Tras la palabra insistente y solemne de Lucila, el sacerdote, sin vacilar, alzó la diestra, trazó una cruz en el aire, y dijo con acento inspirado y profético:

—Yo os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

¿Era un cómplice? ¿un sugestionado? ¿un convencido? ¿La onda vigorosa de la transformación social había subido ya hasta el pie del

santuario, para destruir su maridaje con la tradición de los privilegios dominadores?

Entonces pasó una cosa rápida, inevitable, terrible.

Al minuto de perplejidad del marqués sucedió la conflagración de toda su ira. La demagogia, aquella demagogia que, según él, venía mirando prontamente el trono y el altar, había tomado forma humana ante su vista: venía a arrebatarse los fueros de su autoridad paterna; a desquiciar el edificio, a tanta costa conservado, de sus leyendas de raza; a pisotear sus blasones; a mezclar la sangre de plebe desheredada a la sangre azul de su estirpe ungida por la tradición y destinada a perpetuo señorío.

VII

El fantasma odiado estaba allí: a su alcance; era preciso aniquilarlo.

Y a la última sílaba del sacerdote, había el Marqués desenvainado la espada y había saltado rugiendo, en el frenesí de la indignación, con la agilidad del tigre sobre su presa, llevando una estocada de muerte al pecho de Raúl.

Lucila se interpuso extendiendo los brazos para salvarlo.

El impulso había sido terrible. En vano quiso refrenarlo el marqués.

Lucila lanzó un grito desgarrador: una cinta roja y húmeda, cada vez más ancha, apareció sobre el blanco raso que aprisionaba su pecho: inclinó la cabeza, languidecieron sus brazos, se doblaron sus rodillas, y cayó desplomada en el pavimento envuelta en los colores de la luz que descendía en anchas franjas de la cúpula multicolora.

En la instantánea sucesión de estas escenas el tumulto era indescriptible: brazos vigorosos que habían tratado de evitar la catástrofe sujetaban al marqués, al Coronel, a Raúl, que forcejeaba en el paroxismo de la desesperación: la ola viviente se arremolinaba y rugía, las mujeres prorrumpían en alaridos de horror, los más prudentes o más tímidos huían azorados; voces de amenazas, de protestas, de conmiseración habían convertido el lugar sagrado en asilo de tempestades.

tad monstruosa, hasta que la impotencia de los contrincantes, ante la tenacidad de los pacificadores, dio teguas al tumulto.

Raúl se arrodilló junto a Lucila, que yacía bajo aquella claridad, como escultora de nieve caída en los cendales multicolores del iris; apartó de su rostro el velo que lo cubría; besó, con religiosa fruición, su frente helada, e incorporándose luego, levantó a la joven en sus brazos y paseó, en la lúgubre voluptuosidad de sus nupcias, a su virgen desposada, por entre la multitud que se apartaba respetuosa a su tránsito.

El marqués lo vio ir: una pesadumbre infinita destrozaba su pecho y estrangulaba su garganta, pero de ella surgió ronca y vengativa la frase “solo muerta” y sus ojos relampaguearon con odio inextinguible bajo el arco de su frente ceñuda e implacable.

FIN DE LUCILA¹

¹ Rafael del Valle, *Lucila*, Caracas, Tipografía El Vapor «Siglo XX», 1897.